

CULTURA POPULAR

Lluvia menuda



LÓGICA SOCIALISTA

—Desengáñate, Blas,—decía el *leader* socialista, un *leader* muy bien conservadito, con flamante vestimenta de burgués, y cadena y reló de oro;—desengáñate: la propiedad es un robo.

—Muchas veces lo he oído, señor don Leandro,—contestó el obrero.—Muchas veces lo he oído, pero... ¿es verdad?

—¿Lo dudas?

—¡Quíá!... Cuando usted lo dice... Lo preguntaba por un por si acaso. Allá, en mi niñez, oía predicar al Cura que el que roba y no restituye se condena; pero eso deberá ser mentira... ¿No es así, señor don Leandro?

—Mentira, mentira estupenda. No lo dudes. Lo he dicho y lo repito, Blas: la propiedad es un robo. ¿Entiendes?

—Entiendo, entiendo.

—Y sino, dime, ¿qué derecho tiene el rico para comerse el pan del pobre?

—Ninguno.

—Pues has de saber que los ricos y los curas y los frailes no hacen más que vivir á tus costillas.

—¿Qué me cuenta usted?

—La verdad neta. Vamos á ver: tú trabajas para el amo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Tú haces cerrajas para el amo, ¿no es verdad?

—No, señor.

—¿Eh?

—Soy obrero ebanista.

—Es lo mismo: haces muebles para el amo.

—Eso sí, señor.

—Y después de haber hecho los muebles, ¿no debieran ser tuyos y muy tuyos?

—¡Claro! Precisamente estoy terminando una cómoda, que el amo venderá á buen precio, y en casa sólo tengo un arcón apolillado. ¡Digo, si me vendría bien la tal cómoda!

—Pues la cómoda es tuya, y el amo te la roba. ¿No la trabajas tú? pues tuya debe ser.

—Pero el amo me paga el trabajo al fin de la semana,—observó el obrero.

—Esa paga también es tuya.

—Ya lo veo que es mía, pero ¿junto con la cómoda?

—Sí, junto con la cómoda. El dinero es tuyo, porque lo has ganado, y el mueble también es tuyo, porque lo has hecho.

—Me deja usted pasmao. El mueble es mío, porque lo he hecho; y el dinero es mio, porque lo he ganado. Por consiguiente yo puedo quitarle lo que es mio.

—Justo.

—¡Ay, señor D. Leandro. qué piquito el suvo y qué

cosas parla tan bien parladas! Créame usted, las tendré muy presentes.

El obrero añadió alargando un atadito:

—Con tanto cuento de propiedad y ricos y pobres, me había olvidado de entregarle esta suma que traigo de la Dirección para usted.

—¡Ah, sí! Veamos si está bien.

El *leader* hojeó un librote de cuentas:

—Aquí es,—dijo, al tropezar con lo que buscaba.—Mil doscientas pesetas. ¡A ver! Sí, justas me las has traído. Doscientas por mis honorarios de director del periódico; mil por la suscripción mensual en favor mío de mis buenos socialistas. ¡Qué rebueno es el pueblo sin rancias preocupaciones!—Y decía esto el gran pillo sonriendo, mientras metía los doce billetes de cien pesetas en el escritorio.—Espera, añadió, que te daré el recibo,—y salió.

El obrero quedó solo. Instintivamente miró el escritorio entreabierto, instintivamente murmuró «la propiedad es un robo» é instintivamente echó la zarpa al atadito de los doce billetes de Banco.

—Si es un robo la propiedad,—pensó,—¿por qué el señor don Leandro, que es rico, ha de tener esto, y no yo, que soy más pobre que las ratas? Aunque me los lleve, no se enfadará. ¡Qué se ha de enfadar, si ama tanto al obrero! Además, él no querrá ser ladrón porque tiene de sobras, y mi agüela, que en el infierno esté, decía que el que roba á un ladrón há cien años de perdón.

Así filosofando, Blas se guardó el dinero.

El señor don Leandro volvió con el recibo y dijo entregándolo al obrero:

—Toma, y ¡viva el socialismo!

—Viva y reviva, señor don Leandro, y Dios le bendiga tuéngos años...

—¿Eh? ¿Dios?

—¡Ah!... «la naturaleza.» Eso nos encarga usted que digamos... La naturaleza. ¡Qué diablos! ¡Viva la naturaleza

y vivan los sabios que dicen que la propiedad es un robo!

—Muy bien aprendiste la leccioncita, Blas,—dijo el *leader* sonriendo y tendiendo benévolamente al obrero su enguantada mano.

—Yo soy muy listo, señor don Leandro,—contestó Blas, y salió de la habitación haciendo un saludo cómico y riendo para sus adentros.

A poco, el señor don Leandro corría para la calle en busca de Blas. Bien pronto lo alcanzó.

—Me has robado, infame,—clamó, echándole el guante.

—¿Eh?—contestó el obrero mirándole con ojos atravesados.

A los gritos, acudió un municipal.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Este ladrón que me acaba de robar del escritorio mil doscientas pesetas. No puede ser otro que él, porque es el único que ha quedado solo en la habitación. Aún debe llevarlas encima.

A pesar de las protestas, amenazas y blasfemias del obrero, fué registrado y se le encontró la cantidad robada, que fué entregada al señor don Leandro.

Mientras Blas, maniatado, era conducido á la cárcel, gritaba desaforadamente al señor don Leandro:

—Tú me has quitado la poca religión que tenía, tú me has enseñado á odiar al rico, tú me has dicho que la propiedad es un robo, tú comes de los obreros tontos que engañas... ¡Ladrón! ¡embustero!... ¿Por qué me has robado lo poco bueno que tenía?

Y un pillete que oyó la perorata, repitió mirando al *leader*:

—¡Ladrón! ¡embustero!

M. S.